

# Irán: contestación doméstica y retos regionales

*Ignacio Álvarez-Ossorio Alvariño*

*Catedrático de Estudios Árabes e Islámicos de la Universidad Complutense de Madrid*



Los últimos acontecimientos registrados en Irán evidencian que nos encontramos ante un cambio de paradigma significativo y que la mayor amenaza para la perduración del régimen teocrático iraní instaurado tras la Revolución Islámica de 1979 ya no proviene del exterior, sino del interior del país. Así lo constata la intensificación de las movilizaciones populares en el curso de la última década, no sólo por razones de índole económica como venía sucediendo hasta ahora, sino también con una creciente dimensión política, dado que las manifestaciones registradas tras el asesinato de Mahsa Amini en otoño de 2022 no demandaban la introducción de reformas, sino la caída del régimen. El hecho de que Irán y Arabia Saudí hayan aceptado normalizar sus relaciones, tras décadas de tensiones y gracias a la mediación China, refuerza esta idea de cambio de ciclo, ya que Estados Unidos no parece estar en condiciones de mantener su posición hegemónica en el golfo Pérsico, tal y como venía haciendo desde el final de la Segunda Guerra Mundial. La irrupción en escena de China y, en menor medida, de Rusia viene a demostrar que nos encontramos ante el advenimiento de un orden multipolar que podría reemplazar el orden unipolar vigente desde el final de la Guerra Fría.

## El aumento de la contestación interna en Irán

La última ola de movilizaciones contra el régimen iraní se desató poco después del asesinato de Mahsa Amini, una joven de etnia kurda que visitaba Teherán. Amini había sido detenida por la Policía de la Moral el 14 de septiembre de 2022 bajo la acusación de llevar el *hiyab* de “manera inapropiada” y, dos días después, falleció como consecuencia de los golpes que había recibido. La viralización de la noticia provocó la indignación generalizada de amplios sectores de la sociedad iraní, que se echaron a la calle en señal de protesta. Su funeral se convirtió en un acto de desafío en el que los asistentes corearon el lema “mujer, vida, libertad” (*gin, giyan, azadi*, en kurdo) que pronto se convertiría, una vez traducido al persa (*zan, zendegi, azadi*), en el lema más repetido en las multitudinarias manifestaciones que se desataron a lo largo y ancho del país.

Como en anteriores ocasiones, el régimen recurrió a la violencia para tratar de contenerlas, lo que tuvo un elevado coste en términos humanos ya que más de 500 personas fueron asesinadas y otras 20.000 fueron detenidas en las siguientes semanas. Tras la brutal represión de las protestas, los manifestantes elevaron el listón de sus demandas y empezaron a generalizarse lemas como “no queremos la República Islámica”, “abajo el dictador” e, incluso, “muerte a Jamenei”, lo que representaba un desafío sin precedentes contra el régimen teocrático iraní. En opinión de Saeid Golkar, profesor del Departamento de Ciencias Políticas de la Universidad de Tennessee: “A medida que la República Islámica ha ido perdiendo legitimidad y se ha vuelto incapaz e incompetente, se ha convertido en un Estado policial. En estos momentos, su principal estrategia es la ‘victoria con el terror’ (*nasr bi-l-ru'b*), en referencia a un *hadiz* del profeta Mahoma. Siguiendo esta estrategia, el régimen ha empleado una violencia generalizada. La brutalidad de las fuerzas de seguridad ha incluido disparos directos, duras palizas, torturas, violaciones, toma de rehenes, robo de cadáveres de manifestantes muertos y operaciones de terror en los barrios mediante el envío de matones para destruir las propiedades de la gente” (Young, 2022a). Toda una indicación que el régimen no está dispuesto a tolerar la menor disidencia y, si es necesario, está dispuesto a morir matando.

Las movilizaciones registradas en Irán guardan no pocos paralelismos con las registradas durante las Primaveras Árabes, así como algunas diferencias significativas. La inmolación de Mohamed Bouazizi, un vendedor ambulante de la localidad de Sidi Bouzid, encendió la llama de la revolución en Túnez, al igual que el asesinato de Mahsa Amini sirvió de catalizador de las protestas en Irán. En ambos casos se trató de manifestaciones espontáneas convocadas a través de las redes sociales y que no fueron encabezadas ni lideradas por ningún grupo o líder en particular. Los manifestantes optaron por la resis-

*Las mujeres  
jugaron un papel  
protagónico en  
las protestas  
desarrolladas  
en Irán tras el  
asesinato de  
Mahsa Amini*

tencia civil y convocaron huelgas generales de amplio seguimiento haciendo una verdadera demostración de fuerza. Asimismo, fueron capaces de aunar a amplios sectores de la población independientemente de su procedencia, su etnia, su confesión, su clase, su género o su edad. Como en las Primaveras Árabes, los jóvenes iraníes tuvieron un papel central en las movilizaciones y, como en aquel entonces, el régimen iraní recurrió a las teorías de la conspiración para justificar su sangrienta represión, acusando a sus rivales regionales e internacionales de intentar sembrar el caos y desestabilizar el gobierno. La máxima autoridad del país, el guía supremo Ali Jamenei, llegó a describir los disturbios “como una forma pasiva de enfrentarse al gran progreso de la nación iraní”<sup>1</sup>. Del mismo modo, la prensa afín al régimen consideró que las manifestaciones eran disturbios fomentados desde el exterior, pero que “la gente del Irán islámico había pisoteado sus deseos”<sup>2</sup> de provocar el colapso del régimen.

Las mujeres jugaron un papel protagónico en las protestas desarrolladas en Irán tras el asesinato de Mahsa Amini en las que se enfrentaron, en un primer momento en solitario, contra los aparatos represivos del régimen iraní para exigir la derogación de la ley del velo que obligaba a las mujeres a cubrirse su rostro con el *hiyab* y la disolución de la Policía de la Moral, encargada de velar por el cumplimiento de dicha normativa y habitualmente acusada de excederse en sus funciones. Desde la instauración de la República Islámica en 1979, la situación de la mujer iraní no ha dejado de deteriorarse. A pesar de que más del 50% de las iraníes tienen estudios universitarios tan sólo representan el 16% de la fuerza laboral, una de las tasas más bajas a nivel mundial, lo que evidencia la voluntad del régimen de perpetuar su desigualdad y limitar sus derechos.

La profesora Nayereh Tohidi, catedrática emérita en el departamento de Estudios de Género y Mujeres de la Universidad del Estado de California, interpreta que “el movimiento *mujer-vida-libertad* representa un punto de inflexión transformador e irreversible para la sociedad, la política y las relaciones de género en Irán: se trata de un movimiento social revolucionario integral que plantea reivindicaciones relacionadas con los conflictos en torno a los sistemas de valores y los choques culturales, así como con la política, la economía, el género, la sexualidad, el origen étnico, la religión y las políticas de igualdad” (Tohidi 2023). En esta misma línea se pronuncia Asef Bayat, profesor de la Universidad de Illinois y uno de los máximos expertos en la evolución sociopolítica de Irán: “Se trata de un levantamiento en el que las mujeres desempeñan un papel central. Da la sensación de que se ha producido un cambio de paradigma en las subjetividades

<sup>1</sup> *Keyhan*, 24 de septiembre de 2022.

<sup>2</sup> *Keyhan*, 22 de septiembre de 2022.

iraníes; esto se refleja en la centralidad de las mujeres y su dignidad, que se relaciona más ampliamente con la dignidad humana. Es algo sin precedentes” (Bayat, 2022).

Además del papel de la mujer a la vanguardia de las protestas, otro elemento que debe destacarse es la naturaleza transversal de las movilizaciones que aunaron a una parte significativa de la población iraní con independencia de su origen o su condición: del ámbito rural y el urbano, de clase media y baja, de etnia persa, azerí, kurda, árabe y baluchí, hombres y mujeres, mayores y jóvenes. Como destaca Shabnam Holliday, profesora de la Universidad de Plymouth, el lema de las manifestaciones se ha generalizado en varias de las lenguas habladas en el país como el baluchí, el azerí y el kurdo, además del persa, lo que es una forma de reivindicar la diversidad étnica del país, ya que “Irán está formado por varias naciones” (Holliday, 2023).

*La naturaleza transversal de las movilizaciones aunaron a una parte significativa de la población iraní con independencia de su origen o condición*

Los jóvenes han tenido también un enorme protagonismo, en tanto en cuanto son el sector social más afectado por las altas tasas de desempleo y con un horizonte vital más limitado, de ahí que sean los que más tienen que ganar y los que menos tienen que perder. Debe tenerse en cuenta que dos terceras partes de los 88 millones de iraníes nacieron después de la Revolución Islámica de 1979 y de la instauración del régimen teocrático por parte de Ruhollah Jomeini. Por lo tanto, han vivido toda su vida bajo un Estado policial en el que las libertades públicas están severamente restringidas y en el que el activismo político está duramente perseguido. Esta situación implica que la mayor parte de los campus universitarios se convirtieran en puntos neurálgicos de las movilizaciones.

La principal novedad con respecto a las movilizaciones registradas desde 2009, cuando cientos de miles de iraníes tomaron las calles para protestar contra las irregularidades registradas durante las elecciones presidenciales en las que se impuso, de manera fraudulenta, Mahmud Ahmadineyad (2005-2013), es que en esta ocasión las clases medias y bajas han formado un frente común para manifestar su malestar. En esta ocasión no sólo han tomado las calles los sectores más desfavorecidos, sino también buena parte de la clase media que se ha empobrecido durante los últimos años como consecuencia de la aguda crisis económica que azota al país. En opinión de Ali Fathollah-Nejad, investigador del Issam Fares Institute for Public Policy and International Affairs de la Universidad Americana de Beirut: “Durante las dos últimas revueltas nacionales faltó una alianza intersectorial... La clase media ya no cree que la estabilidad a cualquier precio sirva necesariamente a sus intereses, pues se enfrenta a unas elevadas tasas de desempleo, especialmente entre las mujeres, los licenciados y los jóvenes. En consecuencia, las cuestiones del pan y la libertad se han vuelto inseparables” (Young, 2022b).

Efectivamente, la desafección de la población hacia el régimen iraní no ha hecho más que intensificarse en el curso de los últimos años como resultado de la aguda crisis económica que azota al país desde 2018, año del restablecimiento de las sanciones económicas por parte de la Administración Trump, crisis que fue agudizada por la pandemia del COVID en los años posteriores. En el bienio 2018-2019, la economía iraní retrocedió un 4,8%. Aunque en el siguiente bienio el crecimiento sumó un 8%, lo cierto es que el aumento de la inflación ha disparado la pobreza. Como señala el Banco Mundial en su informe anual sobre Irán de 2023, “la gran contracción de las exportaciones de petróleo ejerció una gran presión sobre las finanzas públicas y elevó la inflación por encima del 40% durante cuatro años consecutivos. La elevada y sostenida inflación provocó una reducción sustancial del poder adquisitivo de los hogares. Al mismo tiempo, la creación de empleo fue insuficiente para absorber la gran cantidad de jóvenes y educados que se incorporaban al mercado laboral”. El fenómeno de la pobreza es especialmente visible en las regiones periféricas como Kermanshah, Kurdistán o Baluchistán, que han sido abandonadas a su suerte por parte del gobierno central, pero también es notorio en las barriadas pobres del extrarradio de las grandes urbes como Teherán o Isfahán.

En realidad, no se trata del primer levantamiento contra el régimen ni del único que ha sido reprimido brutalmente por la Guardia Revolucionaria y los *basiyis*, las fuerzas paramilitares del régimen. En sus cuarenta y cinco años de existencia, la República Islámica no ha dejado de recurrir a la represión para perseguir cualquier atisbo de oposición y suprimir la libertad de expresión, asociación y reunión. Desde la entrada en el siglo XXI, Irán ha asistido a una espiral imparable de manifestaciones que denotan la creciente frustración de la población hacia su gobierno. En 2009 millones de iraníes se echaron a las calles tras la reelección de Mahmud Ahmadineyad para protestar contra el fraude electoral. En 2011, tras el estallido de las Primaveras Árabes, cientos de miles de personas volvieron a manifestarse contra el régimen, aunque nuevamente chocaron con el muro de la represión. En estos dos brotes de descontento, miles de personas fueron detenidas y encarceladas y los líderes de las movilizaciones, algunos de ellos destacados representantes del sector reformista del propio régimen, fueron puestos bajo arresto domiciliario.

Una vez más, en diciembre de 2017 estallaron nuevas movilizaciones populares para protestar por el deterioro de la situación socioeconómica, incluso antes del restablecimiento de las sanciones por parte de la Administración Trump, que en mayo de 2018 se retiró del acuerdo sobre el programa nuclear iraní alcanzado por el G5+1 (los cinco integrantes permanentes del Consejo de Seguridad más

*En sus cuarenta y cinco años de existencia, la República Islámica no ha dejado de recurrir a la represión para perseguir cualquier atisbo de oposición y suprimir la libertad de expresión, asociación y reunión*

Alemania): Joint Comprehensive Plan of Action (JCPOA, en sus siglas en inglés). Las protestas masivas en más de cien ciudades se prolongaron hasta enero de 2018. En dichas manifestaciones los participantes exigieron mejores condiciones de vida, nuevas oportunidades laborales y la ampliación de derechos y libertades. El gobierno respondió recurriendo, una vez más, a la represión de las protestas y a la detención masiva de los manifestantes.

La decisión del gobierno iraní del 15 de noviembre de 2019 de triplicar el precio de gasolina para contener el déficit público en el marco de un 'presupuesto de resistencia' desató una nueva oleada de protestas. El estallido se dejó notar con más intensidad en las ciudades medianas y pequeñas, así como en el extrarradio de Teherán, zonas donde se concentra la pobreza y que reclaman una mejor redistribución de la riqueza. De hecho, muchos de los manifestantes provenían precisamente de las clases humildes, las más afectadas por las draconianas medidas adoptadas por el gobierno del reformista Hasan Rohani (2013-2021). Durante dichas movilizaciones se reclamó la caída del régimen, lo que desató una violenta represión por parte de las fuerzas de seguridad, en el curso de la cual se disparó a los manifestantes con munición real, lo que provocó la muerte de 1.500 personas mientras miles de personas fueron detenidas. Como suele ocurrir en estos casos, el guía supremo Ali Jamenei culpó a las potencias regionales de estar detrás de los disturbios al señalar en una reunión con los mandos de los *basiyis*: "Nuestros enemigos han gastado una gran cantidad de dinero diseñando esta conspiración y estaban esperando la oportunidad de implementarla mediante la destrucción y los asesinatos. Asumieron que la crisis de la gasolina era la oportunidad deseada que estaban buscando y movilizaron a su ejército. Sin embargo, la nación iraní aplastó el movimiento del enemigo con una magnífica exhibición" (Khamenei, 2019).

Es importante incidir en las notables diferencias entre las movilizaciones de 2009 y las de 2022. Saeid Golkar considera que las manifestaciones que se sucedieron a finales de la década pasada marcaban un punto de inflexión, ya que por primera vez eran encabezadas por las clases más bajas, que tradicionalmente habían sido la base social del régimen: "Las protestas estudiantiles y el Movimiento Verde fueron principalmente movimientos de clase media que exigían la reforma del sistema y estaban dirigidos por los reformistas, las protestas de 2017-2018 y 2019 estuvieron integradas principalmente por las clases bajas iraníes que protestaban contra las dificultades económicas, el estancamiento y la subida de los precios del petróleo en 2019" (Young, 2022a).

Si en 2009 los sectores reformistas planteaban la necesidad de introducir cambios dentro del sistema del *velayat-e faqih* (gobierno

del jurisconsulto) instaurado en 1979, en 2022 se busca derribar el sistema al considerarse que es incapaz de reformarse internamente. Como subraya el profesor Alireza Eshraghi: “Las recientes protestas marcan un cambio tectónico en el método y la retórica de expresar la disidencia en la República Islámica de Irán. El Movimiento Verde de 2009 discutió con el *nezam* [régimen], en gran medida en sus términos y utilizando su terminología. Los manifestantes apelaron explícitamente a los signos y mensajes islámicos, invocaron y se apropiaron de la memoria de Ruhollah Jomeini, citaron los textos legales ratificados por las instituciones del régimen y suplicaron en vano el apoyo de los *marya* [rango más alto en el clero] chiíes. Los manifestantes de 2022 no han tenido en cuenta ninguno de estos elementos: ya no les importa persuadir al *nezam*” (Eshraghi, 2022).

Todo ello viene a evidenciar que la principal amenaza para la supervivencia de régimen ya no procede del exterior, sino del interior del país. A pesar de que Israel está detrás de una serie de asesinatos de científicos iraníes y de actos de sabotaje contra su programa nuclear, lo cierto es que no cuenta con el respaldo de Estados Unidos para lanzar un ataque de gran envergadura contra las instalaciones nucleares iraníes, ya que dicho movimiento podría desestabilizar el conjunto de la región y abrir un nuevo frente de tensión en la conflictiva escena internacional. Como ha subrayado Ali Fathollah-Nejad, las movilizaciones “demuestran la creciente y generalizada frustración con el régimen y su incapacidad para satisfacer las necesidades más básicas de la población. No sólo se ha puesto en peligro la estabilidad del régimen, sino también su propia supervivencia, ya que la clase política y securitaria ha comprendido que la principal amenaza procede del interior del país, no del exterior” (Young, 2022b).

A pesar de las continuas apelaciones al diálogo como medio para resolver la crisis por parte del ex presidente Mohammad Jatemi (1997-2005), una de las cabezas visibles del campo reformista, lo cierto es que dicha vía no ha funcionado en el pasado y lo único que ha logrado es polarizar más a la sociedad iraní entre los defensores y detractores del régimen. Parece evidente que el poder es incapaz de reformarse a sí mismo, pese a las reiteradas demandas por parte de la sociedad iraní y, además, está dispuesto a atrincherarse en el poder para perpetuarse e, incluso, a morir matando, tal y como ha hecho el presidente Bashar al-Asad en Siria, el principal aliado estratégico del régimen iraní en la región.

Algunos destacados miembros del sector reformista parecen ser conscientes del *impasse* en el que nos encontramos y la incapacidad del régimen teocrático para reformarse. De hecho, Mir Hosein Musavi, que compitiera contra Ahmedineyad en las elecciones de 2009 y fuese sometido a arresto domiciliario desde entonces, defien-

*La intensificación de las movilizaciones en el curso de los últimos años es una clara muestra de la creciente frustración popular y, sobre todo, del divorcio existente entre el régimen y la sociedad*

de la disolución del régimen, la legalización de partidos políticos, la celebración de nuevas elecciones y la instauración de un gobierno plenamente democrático. En definitiva, las protestas de 2022 han roto la baraja y ya no se piden cambios cosméticos, sino una ruptura total: “La visión del mundo del Estado gobernante se ha basado en una ideología totalitaria hostil y beligerante que refleja la instrumentalización de la fe y su conversión en una ideología de Estado, el islamismo, contradictoria con las realidades laicas del mundo moderno y con los intereses nacionales y las aspiraciones democráticas de la mayoría de la población de Irán y de fuera de sus fronteras” (Tohidi, 2023).

La intensificación de las movilizaciones en el curso de los últimos años es una clara muestra de la creciente frustración popular y, sobre todo, del divorcio existente entre el régimen y la sociedad. En las últimas dos décadas, diversos colectivos han salido a la calle para protestar por la carestía de la vida, la intensificación de la pobreza o el aumento del desempleo, pero también por la falta de libertades o la corrupción del régimen. Como señala Moisés Garduño, las movilizaciones evidencian que “la dinámica predominante de protesta política en Irán está cambiando hacia una creciente radicalización de las fuerzas sociales de barrios precarizados afectados por la inflación, el desempleo y la economía informal” (2021: 172).

Ante este panorama cabe preguntarse sobre si la pervivencia del régimen iraní está realmente amenazada, dado el creciente malestar popular y la intensificación de las movilizaciones en su contra. En el pasado, el recurso a la represión y la violencia por parte del régimen han logrado su objetivo, ya que consiguieron desmovilizar a la calle y detener las muestras de descontento. Como ocurriera en 2018 y 2019, también la ola de descontento experimentada tras el asesinato de Mahsa Amini fue perdiendo fuelle en los últimos meses de 2022 y prácticamente se diluyó a principios de 2023. En opinión de Simon Mabon, profesor de la Universidad de Lancaster, “el consenso general entre los expertos que estudian Irán es que el régimen sobrevivirá. La profundamente represiva estrategia necropolítica de regulación de la vida –matando a los manifestantes y creando un clima de miedo– sumada al hecho de que actualmente las protestas no alcanzan el volumen que se suele considerar necesario para llevar a cabo una revolución, garantizará con toda probabilidad la supervivencia inmediata de la República Islámica” (Mabon, 2023).

## China y la normalización de relaciones entre Irán y Arabia Saudí

Oriente Medio está experimentando una reconfiguración que se ha acelerado en el curso de los últimos años. Tres elementos son claves para entender estas transformaciones que están modificando de manera radical su orden regional. El primero de ellos es el progresivo repliegue de EEUU de Oriente Medio desde la presidencia de Barack Obama, quien dejó clara su intención de focalizar su atención en el sudeste asiático, y la asunción de sus postulados por sus dos sucesores: Donald Trump y Joe Biden. El segundo de ellos es la irrupción en escena de otros actores como Rusia y China que pretenden llenar este vacío, ya sea mediante intervenciones militares (caso del primero, que no ha dudado en desplegar efectivos tanto en Siria como en Libia) o la intensificación de las relaciones comerciales (caso del segundo, que ha optado por diversificar sus relaciones convirtiéndose en el principal socio comercial de Arabia Saudí). El tercero de ellos es el intento de Israel de abanderar un frente anti-iraní en la región mediante la aproximación a varios países del Golfo como Emiratos Árabes Unidos y Bahréin, con los que ha normalizado sus relaciones mediante los Acuerdos de Abraham de 2020 y ha concluido importantes acuerdos de seguridad.

Como resultado de estos cambios, China cuenta cada vez con mayor presencia en Oriente Medio y pretende utilizar su privilegiada posición para tratar de estabilizar una región que considera vital para sus intereses, ya que es su principal proveedor energético. En los últimos años ha conseguido, incluso, desplazar a EEUU como principal socio comercial de Arabia Saudí, uno de los pivotes de la estrategia regional estadounidense. Por ello no nos debería extrañar que haya tratado de rentabilizar esta situación mediante el planteamiento de una iniciativa diplomática para tratar de acercar las posiciones de los dos principales actores del golfo Pérsico: Irán y Arabia Saudí, que se han comprometido en Beijing a normalizar sus relaciones diplomáticas y a intensificar sus intercambios comerciales, en un intento de poner fin a varias décadas de enfrentamientos y tensiones, en muchos casos alentadas desde Washington y Jerusalén.

Debe recordarse que la Revolución Islámica en 1979 marcó un antes y un después en las relaciones entre Irán y Arabia Saudí y transformó radicalmente el orden regional, ya que provocó la caída del *shah* Reza Pahlevi, el principal aliado de EEUU en el golfo Pérsico. El establecimiento de un gobierno islamista chií basado en el principio del *velayat-e faqih* y dirigido por el ayatolá Jomeini fue acompañado por el intento de exportar la revolución islámica al conjunto de la región mediante la movilización de las minorías chiíes en los países vecinos, incluida



*China cuenta cada vez con mayor presencia en Oriente Medio y pretende utilizar su privilegiada posición para tratar de estabilizar una región que considera vital para sus intereses*

Arabia Saudí. Desde entonces, las relaciones bilaterales entre ambos países se caracterizaron por el antagonismo religioso-ideológico y la competencia geoestratégica, ya que “tanto Teherán como Riad se consideran así mismos los líderes naturales no sólo de Oriente Medio, sino también el mundo musulmán en general” (Sadjadpour y Ben Taleblu, 2015: 4).

La irrupción en escena del régimen islámico iraní, de carácter revolucionario y antiimperialista, ponía en peligro el tradicional monopolio del islam político detentado por la conservadora Arabia Saudí, cuyos monarcas son también guardianes de La Meca y Medina. En su testamento, el guía supremo Jomeini tachó a la dinastía saudí de “traidora de los dos lugares sagrados” e “incapacitada para estar al cargo de la peregrinación y los asuntos de la Kaaba”. Como señala Banafsheh Keynoush, “la República Islámica de Irán era la antítesis de la monarquía saudí” (2016: 109).

Tras la Primavera Árabe de 2011, Irán aprovechó el caos resultante para expandir su esfera de influencia en Oriente Medio hasta abarcar un amplio arco chií que va desde Irán hasta Líbano pasando por Iraq, Siria y Yemen, países donde la influencia iraní se ha intensificado tras el colapso de las Primaveras Árabes gracias a la financiación de diversas milicias armadas de corte islamista. Todos estos movimientos fueron contemplados con preocupación por Arabia Saudí al considerarlas una amenaza para la estabilidad regional y para los intereses del reino en el Golfo. La reacción saudí no se dejó esperar y la potencia sunní abanderó la creación de una coalición de países árabes sunníes como contrapeso a Irán, aunque sus resultados han sido decepcionantes (Berti y Guzansky, 2015).

La firma el 14 de julio de 2015 de un acuerdo entre Irán y el G5+1 para suspender el enriquecimiento de uranio de su programa nuclear significó un nuevo contratiempo para Arabia Saudí, ya que abría las puertas a una eventual normalización de relaciones entre Occidente y el régimen iraní. El Joint Comprehensive Plan of Action (JCPOA) fue el resultado de tres años de conversaciones secretas en las que tomó parte la Administración de Obama y en las que se logró que Irán detuviese su programa nuclear a cambio del progresivo levantamiento de las sanciones internacionales que pesaban sobre el país. La llegada a la Casa Blanca de Donald Trump significó un alivio para Arabia Saudí, ya que el republicano anunció su retirada del JCPOA en mayo de 2018 y la adopción de una política de ‘máxima presión’ sobre Irán por medio del restablecimiento de sanciones, lo que agravó la crisis económica en el país persa e intensificó las movilizaciones populares contra su régimen teocrático.

Israel fue el principal beneficiado por esta estrategia que pretendía golpear la economía iraní, aunque no logró que la Administración de Trump autorizase un ataque contra las instalaciones nucleares del régimen, tal y como pretendía el primer ministro Benjamín Netanyahu pese a las reticencias del estamento militar. Ante el restablecimiento de las sanciones, Irán optó por afianzar sus relaciones con Oriente y firmó, en 2021, un acuerdo de cooperación con China de 25 años de duración que, sin embargo, no generó los beneficios que se esperaba, entre otras razones por el temor de las empresas chinas con mayor presencia en el mercado occidental a ser sancionadas por Washington.

El punto álgido de las tensiones irano-saudíes fue la intervención saudí en Yemen el 26 de marzo de 2015 en defensa del gobierno de 'Abd Rabbuh Mansur al-Hadí y con la intención de frenar el avance de Ansar Allah, la milicia huzí que había conquistado no sólo la capital de Sanaa sino también el estratégico puerto de Adén, en el estrecho de Bab al-Mandeb que da entrada al mar Rojo. El pretexto empleado para justificar esta intervención armada, que contó con el respaldo de Emiratos Árabes Unidos y otros países árabes, fue la necesidad de impedir que la milicia huzí, aliada de Irán en el sur de la península Arábiga, siguiera ganando terreno en un país considerado tradicionalmente como el patio trasero de Arabia Saudí.

Después de varios años de tensiones y enfrentamientos, ambos países decidieron apostar por la vía diplomática para dirimir sus diferencias con la mediación, en primer lugar, de Iraq y Omán, y, en segundo lugar, de China, que fue capaz de desencallar los últimos flecos que impedían culminar un acuerdo. En diciembre de 2022, el presidente chino Xi Jinping se reunió con el rey Salman y el príncipe heredero Muhammad Bin Salman en Riad y, dos meses más tarde, invitó al presidente iraní Ebrahim Raisi a visitar Beijing. El 10 de marzo de 2023, China, Irán y Arabia Saudí emitieron un comunicado trilateral en el que anunciaban el restablecimiento de las relaciones diplomáticas entre Teherán y Riad y la reapertura de sus embajadas, cerradas desde 2016, cuando la delegación diplomática saudí en Teherán fue atacada por una turba de manifestantes que protestaban por la ejecución del líder chií Nimr Baqr al-Nimr en Arabia Saudí.

En el comunicado publicado tras la cumbre de Beijing, Teherán y Riad destacaron “su deseo de resolver sus diferencias a través del diálogo y la diplomacia en el marco de los lazos fraternos que los unen” y se manifestaron a favor de “respetar la soberanía de los países y la no injerencia en sus asuntos internos”. También se comprometieron a recuperar diversos memorandos de cooperación en materia de economía, comercio, inversión, tecnología, ciencia, cultura, deporte

*El acuerdo es un indudable éxito diplomático de China, que hasta ahora se había contentado con fortalecer sus relaciones comerciales con buena parte de los países del Golfo, de los que depende energéticamente*

y juvenil de 1998 y a revitalizar el acuerdo de seguridad de 2001. El acercamiento también contemplaba la reunión de los ministros de Asuntos Exteriores y el intercambio de visitas oficiales entre los jefes de Estado de ambos países. Como muestra del nuevo clima de entendimiento, el ministro de Asuntos Exteriores saudí, Faisal bin Farhan, señaló en su cuenta de Twitter: “Arabia Saudí prefiere las soluciones políticas y el diálogo” y “los países de la región tenemos un mismo destino y denominadores comunes, lo que nos hace necesario cooperar para construir un modelo de prosperidad y estabilidad para nuestros pueblos”.

El principal perjudicado de este acercamiento irano-saudí parece ser Israel, que sigue considerando a Irán como la principal amenaza para su seguridad nacional y, además, ve cómo se aleja un poco más la posibilidad de que Arabia Saudí se sume al proceso de normalización de relaciones iniciado por Emiratos Árabes Unidos y Bahréin y continuado por Marruecos y Sudán a finales de 2020 con los Acuerdos de Abraham. Como señala Abu Helal (2023), “Israel quiere que el conflicto entre Irán y los países árabes siga debilitando a ambas partes, mientras mantiene su propia superioridad [...]. Israel tiene razones para preferir una región en tensión con conflictos interminables; corresponde a los países árabes trabajar por un Oriente Medio más pacífico”.

También la Administración de Biden debe contarse entre los damnificados por el acuerdo alcanzado en Beijing, ya que evidencia su manifiesta incapacidad para estabilizar Oriente Medio. El presidente demócrata no ha sido capaz de deshacerse del legado envenenado dejado por su predecesor Donald Trump y de resistir a las presiones de los diferentes gobiernos israelíes para mantener la estrategia de la ‘máxima presión’ contra el régimen iraní. Irán, por su parte, interpreta que la posición norteamericana en la zona está experimentando un claro retroceso desde la entrada en el siglo XXI. Según esta lectura, varios factores han socavado la hegemonía estadounidense, entre ellos las intervenciones militares en Afganistán e Iraq, pero también el ascenso de China y Rusia como nuevas potencias con cada vez más presencia en la zona. Para Teherán, los días del orden unipolar estarían contados y nos encaminamos a un mundo multipolar. El general Rahim Safavi, principal asesor militar del guía supremo Ali Jamenei, resumía este sentir al señalar que la guerra de Ucrania marca un punto de inflexión en “la transición de poder de Occidente a Oriente” (cit. por Azizi, 2022).

Aunque habitualmente se suele abusar del adjetivo ‘histórico’, está claro que el acuerdo alcanzado el 10 de marzo de 2023 puede catalogarse como tal, tanto por la mediación de China como por las consecuencias que podría deparar para la región. No obstante, conviene

recordar que no es la primera vez que ambos países deciden aproximarse para tratar de estabilizar la región sin llegar a lograrlo. Tras la invasión iraquí de Kuwait el 2 de agosto de 1990, el presidente iraní Akbar Hashemi Rafsanyani (1989-1997) apostó por el pragmatismo para resolver las disputas regionales y restableció las relaciones diplomáticas con Arabia Saudí, lo que permitió la visita de su ministro de Asuntos Exteriores Ali Akbar Velayati al rey Fahd en Riad en abril de 1991. En esta misma línea, el presidente reformista Mohammad Jatemi realizó la primera visita oficial de un mandatario iraní a Arabia Saudí en febrero de 1998, que fue seguida en mayo de 1998 de la firma de un Acuerdo de Cooperación en los terrenos económico, cultural y deportivo entre ambos países. No obstante, la conflictividad regional desatada tras los atentados del 11 de septiembre de 2001 y la invasión de Iraq el 20 de marzo de 2003 volvieron a enturbiar las relaciones bilaterales.

El acuerdo es un indudable éxito diplomático de China, que hasta ahora se había contentado con fortalecer sus relaciones comerciales con buena parte de los países del Golfo, de los que depende energéticamente. Muestra, además, el creciente interés de Beijing por contribuir a resolver las disputas regionales y mediar en conflictos de larga duración, precisamente aquellos donde la diplomacia estadounidense ha mostrado sus profundas limitaciones. En opinión del diplomático italiano Marco Carnelos (2023), el acuerdo también deja en mal lugar a la UE, ya que “China ha sustituido el poder blando que la UE intentó en vano desplegar en la zona durante décadas, confirmando aún más la actual marginación global de Europa”. La mediación china muestra, al mismo tiempo, la formulación de un nuevo tipo de diplomacia no basado únicamente en la coerción: “El resto del mundo haría bien en tomar nota del nuevo modelo de diplomacia china: sin anteojeras ideológicas, sin caracterización maniquea del ‘Otro’, sin sanciones económicas, sin militarización de la moneda, sin amenazas militares; sólo un diálogo paciente y justo basado en la realidad sobre el terreno y en la empatía cognitiva. No sólo la *pax sinica* podría sustituir a la *pax americana* en la región, sino que el petroyuan podría reemplazar al petrodólar” (Carnelos, 2013).

No obstante, no deberían lanzarse campanas al vuelo, ya que quedan múltiples flecos por resolver, entre ellos el futuro del programa nuclear iraní y el papel de Teherán en Siria, Iraq y Yemen. Seyed Hossein Mousavian, anterior responsable del Comité de Relaciones Exteriores de Seguridad Nacional iraní, interpreta que, para tener éxito, el acuerdo “debe complementarse con compromisos adicionales que garanticen unas relaciones amistosas sostenibles entre Teherán y Riad. Como los Estados regionales e islámicos más poderosos, deben comprometerse a considerar la seguridad del otro como parte integrante de la suya propia; poner fin a las ilusiones sobre la ‘he-

gemonía regional' y trabajar para crear un sistema de cooperación y seguridad colectiva entre los ocho países ribereños del Golfo; y convertir su competencia malsana en países en crisis como Yemen, Siria e Irak en una asociación constructiva" (Mousavian, 2023).

## Referencias bibliográficas

Abu Helal, Feras, "Iran-Saudi deal: Why Israel wants tensions to remain high", *Middle East Eye*, 3 April 2023.

Ahmadi, Ali, "Iran-China: Deeper economic ties could lead to showdown with Washington", *Middle East Eye*, 26 March 2023.

Azizi, Hamidreza, "The Ukraine War: The View from Iran", *The Cairo Review of Global Affairs*, Fall /Winter 2003.

Bayat, Asef, "Interview with Asef Bayat", *New Lines Magazine*, 26 October 2022: <https://newlinesmag.com/argument/a-new-iran-has-been-born-a-global-iran/>

Berti, Benedetta y Guzansky, Yoel, "Saudi Arabia's Foreign Policy on Iran and the Proxi War in Syria: Toward a New Chapter?", *Israel Journal of Foreign Affairs*, Volume 8, No. 3, 2015, pp. 25-34.

Carnelos, Marco, "Saudi-Iran pact: China's diplomatic coup puts US on notice in Middle East", *Middle East Eye*, 17 March 2023.

Eshraghi, Alireza, "Iranians are Done Debating", *Middle East Report*, 19 October 2022: <https://merip.org/2022/10/iranians-are-done-debating-the-nezam/>

Garduño, Moisés, "Prácticas emergentes en la protesta social en Irán: deconstrucción del discurso público y levantamiento del precariado" en I. Álvarez-Ossorio, I. Barreñada y L. Mijares (eds.), *Movilizaciones populares tras las Primaveras Árabes (2011-2021)*, Madrid: Catarata, 2022, pp. 155-178.

Keynoush, Banafsheh, *Saudi Arabia and Iran: friends or foes?*, New York, Palgrave Macmillan, 2016.

Khamenei, Ali: "A very dangerous conspiracy was quashed by the Iranian people", *Khamenei Web*: 27 November 2019: <http://english.khamenei.ir/news/7197/A-very-dangerous-conspiracy-was-quashed-by-the-iranian-people>

Mabon, Simon, "Irán: Repercusiones regionales de la crisis", *Afkar / Ideas*, nº 68, 2023, pp. 18-21.

Tohidi, Nayereh, "Irán en transición", *Afkar / Ideas*, nº 68, 2023, pp. 22-25.

Mousavian, Seyed Hossein, Saudi-Iran deal: After years of tension, a new chapter for the region begins, *Middle East Eye*, 20 March 2023.

Sadjadpour, Karim y Ben Taleblu, Behnam, "Iran in the Middle East: Leveraging Chaos", *FRIDE Policy Brief*, nº 202, May 2015.

Young, Michael, "Republic of Fearlessness", *Carnegie Middle East Center*, November 28 2022a.

Young, Michael, "Can the Iranian System Survive?", *Carnegie Middle East Center*, September 29 2022b.